

Biblioteca Selecta

POR MENTIR



25

Ramón Sopena
PROVENZA 93-97 BARCELONA.

C
-1 bis
67



00040632

SS 47-2/A

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

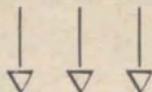
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 25 de Febrero de 1918

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

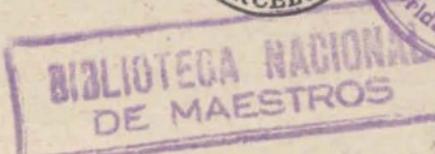
FOR MANDATO DE SU SRÍA.,
RAMÓN M.^a FERRÁN
Vice Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



POR MENTIR

29.133



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97
1931



Derechos reservados.

22122

POR MENTIR

I

Hace ya muchos años... ¿Cuántos?... ¿Treinta?... ¿Cuarenta?... ¡Bah! Es lo mismo. ¿Para qué atormentarme calculando la cantidad de tiempo transcurrido desde entonces? El lector, sin necesidad de que yo lo diga, puede situar el comienzo de esta verídica historia. Le bastarán para ello algunos datos pintorescos, a saber :

En aquella época los barcos de vapor eran movidos por dos enormes ruedas que llevaban a los costados ; todavía no se empleaban casi las hélices que giran, sumer-

gidas, vertiginosamente. Es cierto que de este modo la ingeniería naval ha conseguido un más completo aprovechamiento de la fuerza y mucha más velocidad ; pero los buques han perdido también en belleza. No se ve a cada lado el abanico de remos que al girar batían el agua ruidosamente. Entonces un niño se explicaba, con sólo mirarlo, el mecanismo de la propulsión, que hoy necesita el conocimiento de ciertas nociones de mecánica, de ciertas leyes físicas. Ahora los grandes barcos, con sus maquinarias ocultas y sus hélices submarinas, tienen para los ojos de los que no los comprenden, algo de misteriosos. Mas el misterio ese, como todos los misterios de la ciencia humana, es de una gran sencillez. La hélice es una rueda de aspas lo mismo exactamente que un ventilador. La vemos hasta en los barquitos de juguete.

El segundo dato para que el lector calcule la fecha aproximada del comienzo de los hechos que constituyen esta singular narración, es que por aquel tiempo las señoras llevaban miriñaque ; sus faldas formaban una gran campana y se llegaron a

poner en el ruedo o fimbria aros de alambre. Algunas veces las damiselas no podían pasar por las puertas. De cintura abajo, parecían globos. Verdaderamente la moda inventa cosas estúpidas y parece mentira que se sometan a ellas gentes con sentido común. Después del miriñaque vino otra cosa tan absurda como él; vino el famoso polisón, que era una especie de grupa irracional de lo más feo que puede imaginarse. ¡Mire usted que llevar el bulto de tres almohadas sobre la trasera!...

No vale asustarse mucho. Pocos años hace que se estilaban, y ahora llevan trazas de volver, las llamadas faldas de medio paso que hacen ir a las señoritas liadas como pitillos. Y en estos días en que escribimos andan por ahí mujeres de treinta años tan cortas de vestidos que parecen muchachitas a quienes todavía no se ha puesto de largo.

¡El mismo demonio inspira a los modistos sus detestables invenciones! ¡Cuándo imperará un traje sencillo y honesto?

Volvamos a nuestro asunto y no nos entretengamos en sermonear a la lectora

impaciente. Pase por una vez ; no lo volveremos a hacer más.

Ello es que por aquel tiempo regresó el que esto escribe ; regresé yo—hablemos en primera persona que es más familiar y más cómodo y hasta más literario—, regresé yo, digo, de la fastuosa América adonde me habían llevado mis negocios y mis ambiciones. Durante la travesía en uno de aquellos barcos con ruedas de remos a cada banda, trabé amistad con varios pasajeros y más principalmente con el señor Elormendi, protagonista de la narración que os ofrezco.

El señor Elormendi era un hombre como de cuarenta años, moreno pálido y muy simpático cuando se le llegaba a tratar ; y digo esto porque al principio predisponía en contra suya su carácter reservado, su gesto de continuo disgusto, de enfermo del hipocondrio, o cual si le preocupase constantemente y le entenebreciese el rostro un pesar, un porvenir fatídico o un remordimiento roedor.

Viajaba el señor Elormendi en compañía de su mujer, una señora que no pasaría de treinta y cinco años y que estaba

en esa sazón de hermosura serena, majestuosa, a que llegan las más bellas cuando se aquietan las frivolidades de la juventud.

A los dos esposos los entristecía algún motivo oculto, y a no ser porque no iban de luto, se pensaría que regresaban a España traídos por alguna desgracia de familia.

El señor Elormendi y yo, como dejo dicho, nos hicimos buenos amigos en los largos y monótonos días de navegación durante los cuales se va en el centro de un infinito disco de cristal bajo otro infinito fanal de cielo. En la soledad del océano las almas sienten un gran deseo de aproximarse, de comunicarse... Cuando el señor Elormendi me juzgó merecedor de su confianza, me contó sus penas, me refirió su historia.

Yo no pensaba publicar nunca la historia de Elormendi y muy callada me la he tenido durante muchos años ; pero ahora, cuando ya no vivirá ninguna de las personas que voy a nombrar, ¿ por qué he de privar a mis queridos lectores de un relato que me parece tan interesante ?

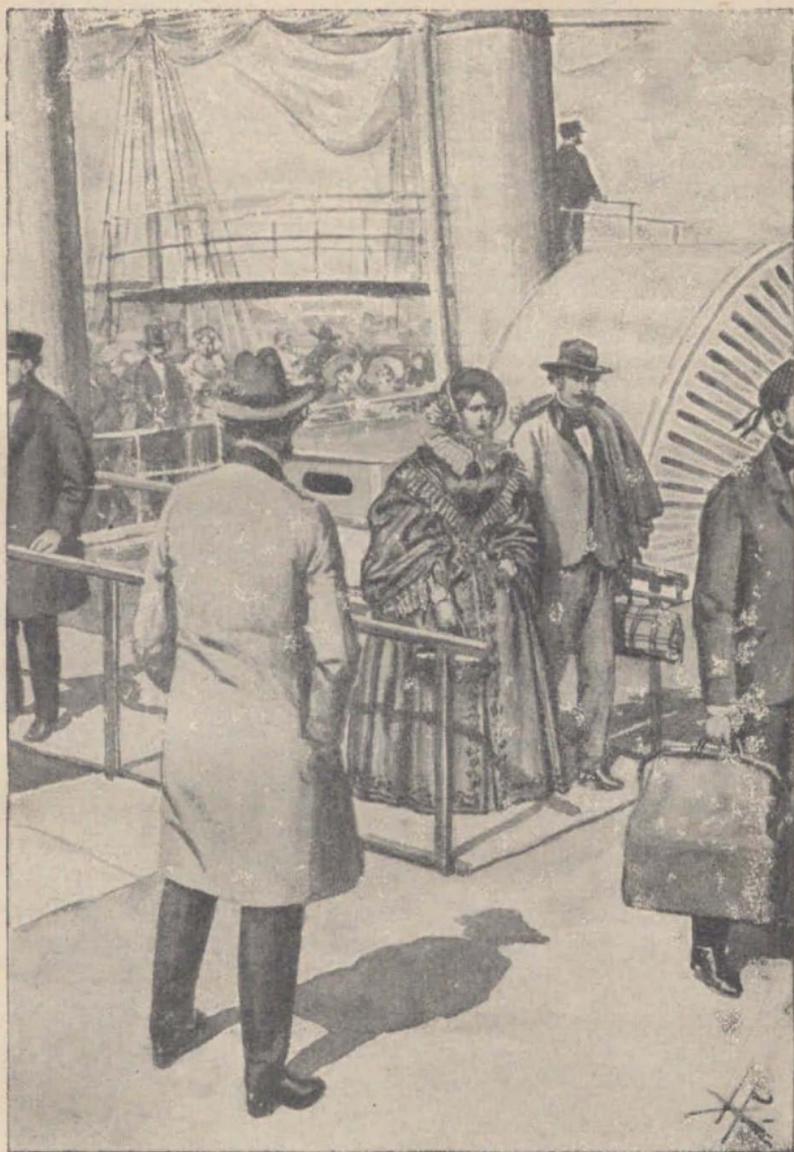
Digamos, pues, que cuando el vapor en que veníamos atracó a los muelles de Málaga, todos los pasajeros estaban muy contentos, menos dos personas : Elormendi y su mujer.

Los vi salir del barco ; y en el momento mismo de pisar tierra, los vi empalidecer intensamente. Temí que ambos cayesen al suelo acometidos por un síncope.

En el muelle, viendo el desembarco, estaba un caballero que a treinta leguas denunciaba su condición de artista. Bastaba para advertir esta indudable condición reparar en su barba negra, anillada, en sus melenas también rizosas y brillantes como el ébano, y en sus vestiduras : gabán claro, chalina en lazo volandero y sombrero blando de grandes alas.

El supuesto artista, al ver salir del barco a Elormendi y a su mujer, se turbó también visiblemente, se quedó turulato, como quien ve visiones.

Nadie más que yo pudo observar el sobresalto de aquellos tres personajes, nadie más que yo. Los demás pasajeros, con la alegría de llegar, no estaban para fijarse en nada. Yo sí, porque la historia de



Desde luego comprendí que aquel sujeto con trazas de artista era «él»... (Pág. 12.)

Elormendi me había interesado profundamente.

Desde luego comprendí que aquel sujeto con trazas de artista era «él»; era el hombre a quien Elormendi y su compañera venían buscando. Así es que no me causó sorpresa cuando Elormendi, estrechándome la mano, tembloroso de emoción, me dijo:

—¿Le ha visto usted? ¡Ese es Carlos Morante!

II

La historia de Elormendi, la que él me contó durante la travesía, es la siguiente :

«—Yo, señor, debo todos mis disgustos y desgracias en la vida a la fatal manía de salir de todo aprieto y compromiso con una mentira. Es claro que, cuando hemos cometido una acción censurable, nuestro mayor enemigo es la verdad. Burlando la verdad quedaría burlada toda responsabilidad y castigo. Y sin duda el obrar mal tendría en este mundo pocos tropiezos si fuese posible que quedasen en todo caso ignoradas de los demás nuestras malas acciones.

· »Es cómodo a primera vista salir del paso con un embrollo cualquiera. Por de pronto cree uno que se ha librado de todo peligro ; pero, ¡ qué consecuencias más funestas suelen venir después !

»Desde muchacho recuerdo que tuve una dañosa inclinación a la mentira, al falso testimonio, a la delación injustificada, por lo que mis compañeros de la escuela me llamaban «acusón» y se apartaban de mí, sin que yo llegase nunca a comprender estas primeras lecciones de la experiencia.

»Por regla general nuestra experiencia nos ofrecería, si reflexionásemos, muchos ejemplos a los cuales deberíamos ajustar más adelante nuestra conducta cuando llegamos a hombres, porque las pasiones de la infancia son como el aviso y germen de las pasiones que nos van a mover en el transcurso de la vida la voluntad. Es la niñez una síntesis de la vida posterior. En cada trance debiéramos, antes de resolver, pararnos a buscar en nuestra primera edad una situación equivalente. No hay problemas nuevos en nuestras vidas. Siempre nos acordaríamos, si reflexionásemos, de otro problema parecido.

»Para que vea usted cómo esta repetición de las situaciones es frecuente, voy a contarle mis dos imposturas, mis dos falsedades primeras, y luego la gran men-

tira de mi vida que es ahora, en mi conciencia, como un perro rabioso que me estuviese mordiendo continuamente.

»El cura de mi pueblo tenía un huerto a cuyo cultivo dedicaba todas las horas que le dejaban libres los cuidados de la parroquia.

»Con mil cuidados conseguía el bondadoso sacerdote que floreciesen en sus arriates y platabandas las flores más delicadas y bellas y que madurasen en sus paseos las frutas más raras y sabrosas.

»¿Qué tentación tenían para los muchachos las frutas prohibidas? ¿Será esto como un indicio de nuestra posterior propensión a desear con mayor ahinco aquellos placeres que nos son vedados? Ello es que los chiquillos al salir de la escuela, y yo entre ellos, sin recordar las lecciones de honradez que acabábamos de oír de labios del maestro, nos íbamos a robar las peras, ciruelas o manzanas, los melocotones o las cerezas del huerto del señor cura.

»El buen señor nos acechaba algunas veces. Y sucedió una de esas veces que fuimos sorprendidos cuando yo me hallaba en la copa de un árbol cortando y arro-

jando fuera, a otros muchachos que al otro lado de las tapias las recogían, muchas ricas y encarnadas cerezas.

»El señor cura, en vez de correr ni gritar, se hizo presente dando en voz alta órdenes al hortelano y aparentando no haberme visto, con el fin de darme tiempo a que descendiese del árbol, temeroso el santo varón de que si me asustaba me arrojase al suelo aceleradamente, con riesgo de romperme una pierna.

»Escapé, pues, sin hacerme daño y sin que el señor cura llegase a verme de cerca, con lo que no me podría distinguir de otro muchacho de mi edad, compañero de correrías, con quien era muy fácil confundirme por la estatura y por el traje.

»Al día siguiente el señor cura me llamó a su casa y me dijo :

»—Ven acá, perillán, que tenemos que tratar los dos un asuntillo.

»Yo estaba temblando. Pero el señor cura era todo un santo varón que no podía hacer sufrir a nadie y mucho menos a un niño. Al ver que yo empalidecía y que estaba a punto de romper a llorar, me dió un beso y me dijo cariñosamente :



Podéis comerlas sin reparo, que no os causarán daño
alguno, hijos míos. (Pág. 18.)

MENTIR.—2

»—No temas nada, hijo mío, que no te voy a reñir.

»Logró así que yo me serenase, y entonces me habló de este modo :

»—Vamos a ver, ¿ a ti te gustan mucho las cerezas ?

»—Sí, padre—contesté balbuciente.

»—¡ Muy bien ! Las cerezas son una fruta muy sabrosa ; pero tienen un grave inconveniente. Cuando se comen verdes, causan cólicos, algunas veces graves. Vosotros, los muchachos, no sabéis distinguir cuáles cerezas se hallan en sazón de ser comidas, y cuáles otras se hallan faltas de la necesaria madurez, con lo que coméis las que no están buenas y tomáis indigestiones que además de poner en peligros serios vuestras vidas, causan grandes disgustos a vuestras madres y a vosotros os hacen pagar muy caro el gusto por cuanto os veis obligados a tragar aceite de ricino. Yo en cambio—continuó el señor cura—, como las cultivo, entiendo muy bien eso, y no cojo del árbol ninguna cereza que no esté bien sazonada. La prueba de ello vas a tenerla en seguida en una cesta de ellas que tengo ahí apartada y

que te voy a regalar para ti y para tus amiguitos.

»Yo no sabía qué pensar de todo aquello, mas el acento del señor cura era tan leal y tan amable su sonrisa que fuí cobrando ánimos poco a poco.

»—Aquí tienes—me dijo entregándomela—esta cestilla llena de cerezas maduras. Podéis comerlas sin reparo, que no os causarán daño alguno, hijos míos.

»Y añadió :

»—Cuando queráis más, o si os agrada otra fruta cualquiera de mi huerto, venís y me decís : «Señor cura, dénos usted... lo que sea», y yo os lo daré con mucho gusto ; pero no saltéis la tapia ni os encaraméis en los árboles, porque además de que no sabéis escoger las frutas maduras, un día os vais a caer y a romperos la cabeza.

»No cabía, después de oír esto, si no besar la mano a tan bondadoso sacerdote y mostrar un profundo arrepentimiento. ¿No es así? Sin embargo, yo no hice tal. Antes me dispuse, ¡oh, fatal predisposición la mía!, a mentir.

»—Ayer tarde, sin ir más lejos, pudiste



»—Ven acá, perillán, que tenemos que tratar los dos un asuntillo. (Pág. 16.)

tú sufrir un serio accidente. Cuando salí al huerto estabas encaramado en el tercer cerezo del cuarto paseo y te vi en lo más alto, donde las ramas son ya delgadas y pueden, con la mayor facilidad, desgajarse. Si tal llega a suceder, no contarías menos de una pierna quebrada.

»—Señor cura—dije—. No era yo el que estaba subido al árbol.

»—No me lo niegues. Ya ves que no te riño y que por eso no vamos a dejar de ser amigos. Perdonado estás y no hablaremos más de ello ; pero no me lo niegues porque te vi yo mismo.

»—No era yo—insistí— ; era Nicolás el de la Felipa.

»—Bien ; sería Nicolás. Desde lejos pude muy bien equivocarme. En ese caso me harás el favor de decir a Nicolás que le perdono la travesura, que coma de esas cerezas maduras que os regalo, y que, siempre que lo desee, venga a mi casa y por mi mano le daré cuantas frutas quiera.

»Y dándome otro beso concluyó :

»—Ea, toma la cestilla para que os regaléis esta tarde, y anda con Dios, hijo mío.

»¿ No es verdad que mi mentira fué una villanía imperdonable ?

»¿ Qué necesidad tenía yo de haber levantado un falso testimonio a uno de mis amigos, a mi mejor amigo, que era Nicolás ?

»El resultado de mi mala acción fué el que era de esperar : días después el señor cura llamó a Nicolás a su casa y, después de regalarle como a mí una cesta llena de los mejores frutos de su huerto, le dijo poco más o menos lo que a mí me dijera. Al final de la entrevista, con la misma amabilidad que había tenido para mí, le reprochó que se hubiera subido al cerezo.

»—No fuí yo—dijo Nicolás.

»—¿ Cómo que no ?

»—Como que yo no fuí.

»—Pues, ¿ quién fué entonces ?

»Nicolás, más noble que yo, no quiso descubrirme.

»—No lo sé.

»El señor cura tuvo la debilidad de argüir :

»—Pues el hijo de Elormendi me ha dicho que el del árbol eras tú.

»A Nicolás le sentó muy mal, como es de

presumir, mi falsa acusación ; todos mis amigos la afearon y resolvieron separarse de mí.

»—Acusón, traidor, embustero—me decían con muchísima razón.

»En su casa a Nicolás lo castigaron por mi culpa, y esto ya colmó las medidas de su rencor. Vinimos a las manos. Otras veces habíamos reñido Nicolás y yo, y nunca me pudo ; pero aquella vez, como estaba de su parte la razón, como era suya la justicia, y como nada da tanto valor ni tanto coraje como saberse inocente, Nicolás me propinó una tunda más que regular. Si los demás amigos no me lo quitan de encima, me muele a golpes.



...Nicolás me propinó una tunda más que regular.
(Pág. 22.)

III

»De nada me sirvió lección tan dura. Los golpes que me atizó Nicolás tan justificadamente enfurecido, el desprecio y las acerbas censuras de mis demás camaradas, que ya no se acercaban a mí, no dejaron en mi alma aquella atrición, aquel saludable dolor y escarmiento que tan beneficioso me hubiera sido después.

»Llegado ya a hombre, esta infame, esta criminal manía de servirme de mentiras para conseguir el logro de mis deseos o eludir la responsabilidad de mis actos, ha determinado el enorme drama que me hace hoy volver a España en busca no sé de qué : de perdón... de penitencia.

La voz de Elormendi sonaba velada por la emoción, y su rostro tenía el gesto lamentable de los que están bajo el imperio de una gran pena, expresión que quiere

salir por los labios como líquido que rebosa el vaso que lo contiene.

—Es viejo el dicho—hablé yo—que asegura ser un alivio de nuestras congojas contárselas a un amigo. Si por tal me tiene, puede confiarme todos los dolores de su corazón, todas las tribulaciones de su conciencia. Bien quisiera disponer de un remedio que ofrecerle y cuente con él en el caso de que estuviese en mis manos. De todos modos, con arreglo a mi leal saber y entender, no he de negarle un buen consejo. Hable usted, pues, amigo mío, con entera libertad.

—Gracias, gracias. No deseaba otra cosa que su permiso para hacerle confidente de mis inquietudes.

Y el señor Elormendi continuó la narración de su vida de este modo :

—«Lo que voy a relatar ahora es una historia de amor. Es decir : no estoy seguro de que merezca el noble nombre de amor el sentimiento que me llevó a cometer las malas acciones que voy a confesarle. Tengo para mí que el verdadero amor es puro y no admite la escoria de los procederes desleales. Vamos al asunto.

»No había yo cumplido los veinticinco años cuando conocí a Celia. Celia era entonces una joven arrogantísima, de lindos ojos, de figura gentil y donairoso. Era lo que se dice una real moza, sin defecto que ponerle, y además poseía una irresistible atracción en su voz, en su mirada, en su sonrisa...

»Celia era huérfana. Su padre había muerto antes de nacer ella, y en cuanto a su madre, había sucumbido de un modo trágico hacía ya doce años.

»Ocho contaba Celia cuando sucedió aquel drama sangriento. Ello fué que una noche, después de la cena familiar, la madre de Celia se había retirado a hacer sus diarias devociones.

»La hija, Celia, al cuidado de una doncella de toda confianza, estaba preparándose para ir a dormir.

»Era esto en una noche de invierno. Llovía torrencialmente y el huracán silbaba en las chimeneas de un modo tremebundo.

»—¡ Ay—dijo Celia—, qué miedo me causan esos bramidos del vendaval!

»La doncella, discretamente, quiso disi-

par el miedo de la joven. Los únicos sufrimientos positivamente grandes y crueles que nos atormentan en la niñez son los causados por el miedo. Los niños tienen la reflexión poco ejercitada, y muy despierta, en cambio, la imaginación. Por eso aumentan fantásticamente las apariencias de las cosas y por eso es un verdadero crimen, que muchos cometen sin darse cuenta, el de amedrentar las almas infantiles con amenazas tremebundas y narraciones espeluznantes.

»La doncella de Celia, muy discretamente como hemos dicho, trató de espantar la medrosidad de su señorita.

»—Es el aire, simplemente el aire. Si la señorita lo oyese de día, sin duda no le haría ninguna impresión.

»—No lo dudo; pero de noche el aire parece que tiene una voz que se queja y que aúlla furiosa.

»—Pues no tiene más voz que el natural ruido que produce en los aleros y en los tubos de las chimeneas. Ea, señorita, no haga caso, y vamos a deshacer el peinado para acostarse. Permaneceré a su la-

do hasta que venga a darle su bendición y el último beso del día su mamá.

»En ese momento se oyó un ruido seco y carreras precipitadas. En seguida voces.

»La doncella comprendió que algo tremendo acababa de suceder, que aquel ruido no era otro que el producido por un pistoletazo. Pero era la doncella muchacha de gran presencia de ánimo y quiso, ante todo, evitar a Celia un sobresalto que pudiese ser grave.

Celia gritó :

»—¡ Ay, Dios mío !... ¡ Un tiro !

»—No se asuste, señorita ; ha sido un portazo. El huracán que ha batido una puerta. De seguro la del jardín. Ese portero es tan descuidado... Y se habrán roto los cristales.

»—¡ Vamos a ver !

»—¿ Quién piensa en eso ? ¡ Con los cristales rotos... para tomar una pulmonía !

»Así fué entreteniendo a Celia hasta que la verdad de lo sucedido no se podía ya ocultar por más tiempo.

»Y la verdad era horrible.

»La verdad era que aquel golpe seco y



...corriese a arrojarse sobre el cadáver de su madre...
(Pág. 30.)

estruendoso lo produjo un arma de fuego y que la bala había herido a la madre de Celia, en el corazón, matándola instantáneamente.

»¿Quién la mató? ¿Cómo? ¿Por qué?

»He aquí tres preguntas que nadie supo contestar por de pronto. El crimen quedó en el más obscuro misterio. La señora apareció muerta en uno de los salones de la casa. Había sonado un tiro y un balcón estaba abierto. No se sabía más.

»La víctima había fallecido inmediatamente; su sangre corría a borbotones...

»No pudo la doncella impedir que al fin Celia, enterada de lo ocurrido, enloquecida de espanto y de dolor, corriese a arrojar sobre el cadáver de su madre, precisamente en el mismo momento en que entraba el juez.

IV

»Aquel delito quedó impune. La Justicia no encontró ningún rastro del matador, ni podía sospechar de nadie. Nadie podía odiar a una persona tan buena, a una señora tan virtuosa como la madre de Celia. Era absurdo pensar que la víctima hubiese hecho algo en su vida que diese lugar a una venganza tan atroz.

»Yo conocí a Celia, como le he dicho, doce años después del asesinato de su madre.

»Celia era una criatura angelical, con la cual el trato frecuente despertó en mí un amor apasionado. Por otra parte, Celia era una buena proporción: rica, criada y educada cuidadosamente en los mejores principios por unos tíos suyos que la acogieron en la orfandad y que habían

ido acumulando la renta al capital de su sobrina.

»¿Qué más podía apetecer mi ambición? ¿Qué más hubiese podido pedir mi corazón, si por acaso yo hubiese obrado noblemente?

»Pero lo difícil era interesar a Celia.

»A una de esas señoritas de poco seso que suelen llamarse «románticas» porque imaginan que la vida es un novelón por entregas de esos que leen las porteras y los zapateros de portal, a una necia de esas que creen en el «yo te amo» y en los arrebatos de la pasión, que no suelen ser tales arrebatos, sino puro histerismo; a una de esas cursis se las puede entusiasmar con las que yo creía entonces mis cualidades de «irresistible» y que eran las siguientes, a saber: mi persona esbelta; mi arrogancia jactanciosa e insolente de don Juan Tenorio falsificado; mis ojos negros y «taladrantes»; y, por fin, mi bigote negro y «seductor».

»De «conquistador» presumía yo entonces. ¿Usted sabe lo que es un conquistador?

—Conquistador—dije—es el que, ga-



»Celia solía quitarse una de las flores y me la daba.
(Pág. 36.)

MENTIR.—3

nando batallas añade al dominio de su patria algunos territorios.

—En el sentido verdadero, en el sentido histórico de la palabra, eso es, en efecto, un conquistador. Pero el vocablo tiene un valor y un significado bien distintos cuando se usa entre jóvenes buscadores de dotes o de honras que malbaratar. En ese caso, conquistador es el que posee la virtud mágica de que las mujeres se vuelvan «locas perdías» por él.

—¡ Hombre! —dije yo—. De eso es de lo que presumen todos los chulos de taberna. Yo cuando veo a un idiota de esos que llevan el peinado «p'alante» y que escupen por el colmillo y que van andando con un tal meneo que parece como si les doliesen los riñones; cuando los veo guiñar el ojo, carraspear y, por último, hacer que les suba y les baje el ascensor que tienen por nuez, me digo: «Ahí va un «gachó» que a muchas cocineras las volverá «loquitas perdías»... Pero vamos, esos tipos son, por regla general, unos completos sinvergüenzas.

—Pues entre los que nos llamamos señoritos—me respondió Elormendi—tam-

bién hay y cunde ese tipo de canallas, con la diferencia de que así como entre la gente de baja estofa los llaman como usted acaba de decir, sinvergüenzas y «chulos», entre nosotros los llamamos «conquistadores».

»Como los chulos, el señorito que hace profesión de guapo no piensa en trabajar ; no piensa el conquistador en el porvenir que juzga asegurado «explotando el físico» y no repara en contraer malas costumbres ni vergonzosos vicios porque «algún padre estará ahorrando para formarle el patrimonio a su hija».

»Uno de estos seres sin honor, sin profesión, era yo, y gracias a mi manía de mentir, de aparentar, de mirarme al espejo y de creerme más hermoso que Apolo, que Adonis, que Narciso, que Paris, que Gerineldos y que todos los hombres bellos y gloriosos que en el mundo han sido.

»En plan, pues, de conquistador y de irresistible empecé a cultivar el trato y la amistad de Celia, en cuya casa fuí recibido merced a otra mentira mía.

»Aduje que mis padres y los de ella ha-

bían llevado una íntima amistad, y los tíos de Celia, y Celia misma, me creyeron. Entraba, por lo tanto, en aquella casa a título de amigo antiguo y como tal era objeto de las mayores atenciones.

»Celia, por su natural franco y confiado y por la jovialidad de sus pocos años, me acogía con visibles muestras de contento que yo interpretaba a mi gusto.

»Que un día ella por ejemplo llevaba unas flores en el pecho o en el tocado, y yo con la más tenoríesca galantería, le decía así :

»—Esas flores, divina Celia, sufren de celos al lado de su hermosura incomparable.

»—¿ De veras ?—me respondía ella sonriendo.

»—De veras. De celos y de envidia por no ser ni tan frescas, ni tan puras, ni tan delicadas de color como su rostro, las veo marchitarse.

»—¡ Qué poético ! — comentaba ella echándose a reír.

»—Démelas usted ; libertémoslas del suplicio. Si usted me las cede, yo, puesto

que han estado ahí una hora, las conservaré como la joya de más valor.

»Celia solía quitarse una de las flores y me la daba.

»—Tome usted, Elormendi. Para pedirme una flor que le ha gustado a fin de adornar su solapa, ya que es tan presumido, no hacía falta que viniese con discursos tan retóricos.

»Yo tomaba la rosa, la prendía en mi ojal y pensaba para mis adentros: «Está chaladita por mí».

»Pero cuando acabé por creer de veras que estaba hecha la conquista, fué una tarde que no podré olvidar.

»Aquella tarde Celia y yo charlábamos junto a una ventana aspirando el aire puro y aromoso del inmediato jardín. Celia estaba en traje de casa, traje sencillo que caía en su cuerpo como un majestuoso peplo griego. Yo, después de admirarla totalmente, me había en aquella ocasión fijado particularmente en sus manos.

»Es preciso decir que Celia tenía unas manos preciosas, de piel como de seda, blancas como de marfil, finas, delicadas, perfectas...

»—Tiene usted—le dije—unas manos portentosas; sus uñas brillan cual pulidas ágatas.

»—¿Le ha chocado el brillo de mis uñas? Pues, ni tengo manicura, ni uso más *polissoir* que la toalla; simplemente cuido de tenerlas limpias siempre. Este es todo mi secreto.

»—Es claro—dije—, tan maravillosos cristales no necesitan artificio alguno para brillar. De todos modos, nadie creería que este color y esta transparencia se logran sin auxilio alguno de tocador.

»Y me permití cogerle la mano por la punta de los dedos sin que ella opusiese resistencia alguna.

»—No he visto—exclamé—amatistas más hermosas.

»—Vaya, vaya, burlón—dijo ella retirando su mano sin violencia ni reproche—. No sabe usted hablar como los demás. Siempre parece que está declamando una escena altisonante de comedia.

»—Le aseguro a usted que no hay ficción; digo lo que siento.

»—Pues es una divertida manera de decir.

»—¿Le gusta?

»—Es amena, es pintoresca.

»—Loca, loca perdida por mi está»—
pensaba yo aquella tarde.

»La vanidad ciega le hace a uno pensar
bien estúpidamente.



»Y me permití cogerle la mano por la punta de los
dedos... (Pág. 37.)

V

»Así, pues—seguía Elormendi su narración—, yo me decía a mí mismo :

»No tienes que pensarlo más. Debes declararte a esa mujer que está chaladita por ti. En cuanto le hagas tu discurso inflamado, vehemente, ella se sentirá encandilada como una mariposa. Sus tíos no querrán contrariarla, pues es bastante rica para no tener que pensar en una boda de conveniencia, y como tú, Elormendi, te haces pasar por el hijo del antiguo amigo de sus padres, tampoco por este lado tendrán los tíos de Celia nada que oponer a tus pretensiones... ¡Adelante, pues! La blanca mano de Celia, su amor y su saneado capital son para ti... ¡Adelante, Elormendi!... ¡Y te aconsejaban que siguieses una carrera, que te formases una posición, que ganases unas oposiciones!... ¡Qué más

carrera, qué mejores oposiciones que éstas?

—¡Por Dios! —interrumpí yo a Elor-mendi en este punto de su relato—. Ese modo de pensar sólo es propio de un hombre que haya perdido el sentido moral, de un hombre indigno de la consideración de las gentes.

»—Ya le he dicho a usted que yo era un conquistador, que vale tanto como decir un ladrón de dotes; que este modo de ser es en un señorito mucho más abominable que en un jayán; porque al jayán, al chulo de taberna, al *maleta*, lo pueden disculpar su falta de cultura, su deficiente educación; pero al señorito, al hombre de nuestra clase, instruído en mil conocimientos y avisado por mil ejemplos religiosos, nada le disculpa.

»Pensaba yo así, como dije antes, que era cosa de dar al capital y a la belleza de Celia el asalto definitivo, y un día me dispuse a poner por obra mis planes.

»Pero surgió, entorpeciendo mi camino, un nuevo personaje: Carlos Morante.

»Preciso será antes de continuar mi relato, decir quién era, quién es ese Carlos

Morante, que tan decisiva influencia ha ejercido en mi desdichada vida.

»Carlos Morante era un hombre como de mi edad, poseedor de una regular fortuna que le permitía dedicarse muchas horas a sus aficiones.

»Empleaba las horas laborables en cuidar de su hacienda y en regentar algunas instituciones de caridad y de enseñanza, a las que dedicaba generosamente, no sólo su actividad de organizador, sino una considerable parte de sus rentas.

»Era y creo que lo seguirá siendo Carlos Morante un buen católico de los que unen las obras a la fe.

»Así como a otros ricos les da por perder en el Casino el tiempo que les sobra (y algunas veces el dinero que no les sobra), a Carlos le dió por cultivar el arte. Se aficionó a la escultura y estudió perseverantemente el bello arte de modelar y de esculpir.

»Su buen gusto y su constancia, y más que las dos cosas, su indudable talento e inspiración, produjeron el resultado de que sus obras no fuesen los ensayos y copias de un mero aficionado; antes bien

llegaban a considerarse, por los críticos, como las creaciones felices de un aventajado profesional.

»Por aquel tiempo Carlos Morante estaba obsesionado por un empeño artístico de mucha importancia. Existía un asilo recientemente fundado en mucha parte merced a las larguezas del propio Carlos. Este asilo, que se erigió bajo la advocación y al amparo de Nuestra Señora de la Anunciación, tenía, como es de rigor, una capilla, primorosa capilla de estilo gótico.

»Pues bien : Carlos Morante se había comprometido a esculpir la imagen de Nuestra Señora de la Anunciación para el altar mayor de esa capilla.

»La principal dificultad con que tropezaba el generoso artista estribaba en la falta de una modelo que a la belleza natural, excepcional, uniese la divina expresión, el arrobamiento maravilloso de María al decirle el ángel que había sido elegida para madre de Dios.

»Carlos le había dicho un día a Celia :

»—Usted, Celia, sí que podía servirme para esa escultura.

»En verdad, Celia, por su hermosura,

por su candor y por la expresión de su mirada, era, dentro de la humana imperfección, el modelo mejor que pudiera imaginarse para la representación de la divina figura.

»Pero la insinuación del artista que debía haberla halagado, fué por de pronto rechazada por su modestia y a mí me contrarió profundamente. Carlos Morante, desde cualquier punto de vista que se le juzgase, valía mucho más que yo. El era rico, trabajador y culto ; yo era pobre, vago e ignorante.

»Si Carlos Morante pretendía la mano de Celia, indudablemente sería preferido a mí.

»Este principio de celos y de envidia hizo nacer en mí un terrible odio hacia Carlos Morante. No lo podía ver ni en pintura. Pero cuando mi aversión llegó a un extremo sin límites, fué cuando Celia, del modo más ingenuo e inocente, me dijo :

«—¿ Sabe usted que por fin me presto a ser modelo para la obra de Carlos ?

«—¿ De veras ?—pregunté sobresaltado.

«—Sí. Me causaba pena ver al amigo Carlos tan desconsolado. Él, como usted

sabe, me había dicho muchas veces que sólo yo podía ayudarle en esa obra. Comprendo que hay mil mujeres más bellas que yo; pero, según tengo entendido, los artistas tienen estas elecciones exclusivas: imaginan su obra pensando en tal rostro, en tal figura, y es inútil que pretendan hacerla frente a otro modelo. A mí no me agradaba serlo por si ello se interpretase como un rasgo de vanidad. Mis tíos me han convencido de que tratándose de una obra de arte religioso y no partiendo de mí el deseo, no puede haber en ello ningún pecado.

»—Según se mire—dije yo.

»—Personas de mi mayor respeto me dicen que hago bien. El leer en el periódico el anuncio que publicaba Carlos solicitando una modelo, y el oírle a él desanimado que se iba a ver obligado a prescindir de esculpir la divina imagen, acabaron con mis últimas vacilaciones y ayer fuí a su estudio.

»—¿Fué usted?

»—Fuí. Y tiene mucha gracia el lance. Verá usted. Yo no le había anunciado a Carlos mi visita. Me presenté cuando me-

nos podía él esperarme y cuidé de llevar sobre mi sombrero un tupido velo de encajes para que, no viéndome el rostro, no pudiesen reconocerme sus criados. De este modo entré en su casa y le dije al botones : «Di a tu señor que soy una modelo que vengo porque he leído el anuncio del periódico». «Espere usted», me respondió el botones. Esperé algún tiempo como si en verdad fuese yo una de tantas modelos profesionales o aspirantes a modelos como acudían. Había allí otras varias jóvenes que tales eran y que al ver el cuidado con que yo recataba mi rostro empezaron a hacer muy divertidas conjeturas. Así esperé hasta que me llegó el turno de ser recibida. Ahora—seguía Celia—calcule usted la sorpresa de Carlos cuando entro y le digo :

»—Señor Morante, soy la modelo que usted necesita.

»—Eso ahora lo veremos. Tenga la bondad de descubrirse.

»—Perdone usted. Antes de que me vea el rostro es preciso que fijemos el precio.

»—¿Cuánto quiere usted ganar?

»—Cien duros por cada hora de *posse*.



No le quise hacer rabiar más tiempo y me levanté el velo.. (Pág. 48.)

»—¡ Caramba, es mucho !

»—Pues no me descubriré por menos. Y esté seguro de que soy la única modelo que puede servirle a usted para su obra ; para la imagen de la Anunciación.

»—¿ Cómo sabe usted lo que me propongo ?

»No le quise hacer rabiar más tiempo y me levanté el velo... Quedó atónito... ¿ Verdad que tiene gracia el lance ?

»—Sí que la tendría—comentó Elormendi—, pero a mí maldita la que me hizo.



»Me condujo a una habitación retirada. (Pág. 49.)
MENTIR.—4

VI

»La situación era para mí muy difícil. Lo probable era que Carlos pidiese la mano de Celia y que le fuese otorgada. Si quería ganar aquella partida yo debía obrar rápidamente.

»Pero... ¿qué hacer?

»Reflexioné durante muchas horas y por fin hallé el medio de que valerme.

»Este medio era el más reprobable, el más vil, como va usted a saber en seguida.

»Al día siguiente fuí a casa de Celia y solicité hablar con ella a solas.

»—¿Tan importante es lo que me tiene que decir?

»—Importantísimo.

»—Bien; pues venga.

»Me condujo a una habitación retirada.

»Estaba ella en traje de sociedad, pues aquella noche recibían en aquella casa a

sus amistades. Estaba Celia bellísima y su belleza extraordinaria exacerbó más mis malos propósitos.

»—Celia—le dije—, ¿usted cree que yo soy buen amigo suyo?

»—Por tal le tengo. Según usted asegura nuestros padres lo fueron. No tengo por qué dudar de la lealtad de su afirmación.

»—Además de asegurarme usted que me tiene por un amigo, necesito que me haga otra formal promesa.

»—Usted dirá.

»—La de un absoluto secreto.

»—¿De qué?

»—De lo que tengo que decirle. Prométame usted que no se lo comunicará jamás a nadie.

»—Me está usted poniendo en cuidado.

»—Así es mejor. Debe oírme prevenida para recibir una fuerte impresión.

»—¡Por Dios! ¿De qué se trata? ¡Hable usted pronto!

»—No hablaré sin tener antes su formal palabra de que nunca descubrirá, suceda lo que suceda, mi revelación.

»—¿Y qué sé yo si debo y puedo comprometerme a eso?

»—Pues sin ese compromiso no hablo.

»—Yo se lo ruego.

»Comprendí yo que la primera parte de mi plan había salido bien. A Celia se le había despertado la curiosidad que es el resorte más efectivo del alma de una mujer. Pero antes de soltar yo prenda necesitaba asegurarme bien de su silencio.

»—Piense usted si puede prometerme, jurarme, que a nadie nunca revelará lo que de mis labios salga o callaré algo que debe usted saber y que mi condición de amigo me inclina a decir.

»Dudaba ella todavía. Meditó un momento y por fin dijo :

»—Jurar en vano es pecado.

»—Prometer no lo es en este caso, y yo con su formal promesa me conformo.

»—Pues le prometo callar.

»Había llegado para mí el momento decisivo. Quise aprovecharlo audazmente. Busqué entre todos mis gestos el más fúnebre. Debí poner una cara de traidor de melodrama. Si Celia no hubiese sido una

joven inexperta, hubiese conocido que fingía como el cómico más detestable.

»—Celia—dije—, es preciso para mi revelación empezar porque recordemos la trágica muerte de su madre de usted.

»—¡ Oh !—gimió ella.

»—Aquel crimen quedó oculto, quedó sin castigo.

»—Es verdad.

»—Nadie ha sospechado quién pudiese ser el autor de tan horrendo asesinato.

»—Nadie.

»—Después de recordarle a usted eso, sólo me resta decirle que no debe usted volver a pisar la casa de Carlos Morante.

»—¿ Cómo ? ¿ Por qué ?

»—Permítame usted que ya no diga más. Aconsejo a usted que no vuelva a esa casa y es bastante.

»—¡ Qué ha de ser bastante ! ¿ Ni mucho menos ! Usted no puede lanzar una insinuación tan grave para dejarla flotando en el misterio. Yo ahora necesito muchísimo más. Ahora mismo me va usted a decir lo que falta. ¿ Qué relación puede haber entre Carlos Morante y el asesino de



»Me puse en pie, tomé una de las manos de Celia...
(Pág. 54.)

mi madre? Hable usted, Elormendi, hable usted, ¡ se lo exijo!

»—No me obligue a ello.

»—¡ Pues no he de obligarle? ¡ Ya lo creo que le obligo! ¡ Es preciso que hable usted inmediatamente!

»En aquel momento yo vacilé, asustado de la enorme canallada que iba a cometer. Las cosas habían llegado más allá de lo que yo quería. Me pareció ver en el semblante de Celia, en la turbación de su mirada, que Carlos Morante la interesaba, que tal vez aquella turbación, aquella zozobra, era amor... y los celos me cegaron y por celos llegué al límite de la felonía...

»Me puse en pie, tomé una de las manos de Celia, pretendí, como en un arrebato de pasión, rodear con mi otro brazo su cintura, y mientras ella, indignada, iba a rechazarme, dije con voz sorda:

»—¡ Celia! ¡ Usted me ha obligado a decirlo!... Carlos Morante es... hijo del hombre... que asesinó a su madre de usted.

»—Eso es imposible.

»—Eso es la verdad.

»—Pruebas.

»—Yo no tengo pruebas ni me interesa

tenerlas. La persona que me ha comunicado este secreto no se ha creído obligada a darme pruebas, puesto que no se trata de acusar formalmente ante un tribunal, si no de prevenirla a usted. Además no hacen ya falta tales pruebas. El padre de Carlos Morante hace ya años que murió, quién sabe si consumido por los remordimientos. Ya Dios le habrá juzgado... ¿Que daño nos ha hecho el hijo para que le deshonremos?

»¿ Ve usted—me decía Elormendi al llegar a este pasaje de su narración—, ve usted hasta qué punto fuí malvado, fuí canalla? Me aproveché del buen corazón de Celia, de los nobilísimos sentimientos de Celia, para asegurarme la impunidad de mi impostura. Bien sabía yo que iba a desarmar su cólera al hacerla comprender que de nada serviría manchar el honor de un inocente.

»—Tiene usted razón—me respondió abnegada—. Carlos no tiene la culpa. Ni una palabra más. Dejaré de verle, dejaré de tratarle; pero que el pobre no sepa nunca por qué.

»Celia lloraba. Yo creí que aquella si-

tuación era la más propicia para lanzarme ; para hacer mi declaración amorosa. Así lo hice en efecto. Dije todas esas majaderías del amor, del sueño dorado, de hacer una de dos vidas...

»Celia, naturalmente, me dió unas grandes calabazas.

»Mas yo estaba en el tono declamatorio ; le había tomado el gusto a mi papel de traidor de melodrama.

»—¡ Oh, Celia ! Si usted no me ama, haré una gran locura.

»—No insista, amigo mío. Yo no puedo aceptar sus proposiciones. Todo eso del amor me parece cosa de novela. Yo sólo aceptaré el marido que tengan a bien aconsejarme las personas que hacen para mí las veces de padres. Ellos, mejor que yo misma, saben donde estarán mis conveniencias y mi felicidad, si es que la felicidad puede hallarse en cosas de la tierra...

»En aquel momento oí pasos de alguien que se acercaba inquietado por la larga ausencia de Celia de los salones. Puse yo fin a aquella escena con estas palabras :

»—Celia ; piénselo usted. Mi vida va en ello.

VII

»Ya había descartado a mi rival. La mentira hacía sus efectos. Celia no podía aceptar por esposo a quien creía hijo del asesino de su madre. Yo había levantado sobre la reputación de mi competidor, de un caballero como Carlos Morante, el más tremendo falso testimonio. Mi pecado era espantoso; pero yo no reparaba en mi pecado.

»Ahora me faltaba interesar de veras a Celia. Estaba visto que con mis pintureras elegancias, con mis fantochadas, no adelantaría ningún camino. Celia era una señorita sensata, de sólida educación, de talento reflexivo que no se dejaba embaucar por un estúpido «tenorio». Para conseguir que en su alma brotase hacia mí un sentimiento tan poderoso que la obligase a ser mi mujer, aun contra el consejo de

sus tíos, consejo desfavorable que yo tenía descontado, para hacerla tomar por mí una resolución, era preciso que algo muy excepcional la impresionase.

»Acudí a mi arma favorita : a la mentira. Tomé la pluma y escribí :

«Señor Juez de guardia : a nadie se culpe de mi muerte. Me mato porque no puedo sufrir los desdenes de una mujer a quien amo con toda mi alma y que no me corresponde».

»Dejé la carta sin cerrar en mi gabinete. Sabía yo muy bien que dejándome allí una carta sin cerrar, doña Ponciana, la dueña de la casa de huéspedes donde yo vivía, no podría resistir a la tentación de leerla. Las patronas suelen tener esa mala costumbre, y de aquélla estaba yo bien seguro y sabía por experiencia que se pirrabá por saber vidas y secretos ajenos.

»Dejé, pues, abierta la carta y salí a la calle. Cuando volví, el modo de mirarme de doña Ponciana, su palidez, me dieron a entender que se había tragado el anzuelo, esto es, que había leído la carta.



»Y yo disparé en el momento de tal modo que ella creyese haberme desviado la puntería (Pág. 60.)

»Creyendo la pobre mujer que yo era un suicida, dió en vigilarme, cosa que era precisamente lo que yo me proponía. Para meterla más en cuidado me presenté muy serio y no quise probar bocado de la comida. (Ya había yo almorzado en un restaurant.)

»Luego me fuí al gabinete, tomé un revólver y empecé a representar esta nueva comedia.

»Fingí llorar, paseé a grandes trancos pronunciando palabras sin sentido y entre ellas claramente, para que las oyese bien doña Ponciana, éstas :

»—¡ Celia, Celia! ¡ No puedo vivir sin tu amor!

»Un suspiro y un fru-fru de faldas detrás del cortinaje me cercioró de que doña Ponciana espiaba mis acciones. Entonces, sentándome en una butaca, me apunté con el revólver a la sien.

»Sucedió todo tal y como yo quería. Doña Ponciana entró gritando, se abalanzó a mí asustada, me agarró el brazo...

»Y yo disparé en el momento de tal modo que ella creyese haberme desviado la puntería.

»La bala dió en la pared.

»El simulacro salió a pedir de boca. Doña Ponciana contó a todo el mundo que yo me había querido matar por una mujer y que ella lo había evitado entrando a tiempo.

»No tardó la noticia en llegar a oídos de Celia. Y no en vano contaba yo con el buen corazón de mi pretendida.

»Me llamó y me dijo :

»—¿ Es verdad que ha intentado usted suicidarse por mí ?

»—Es verdad, Celia. ¿ A qué voy a negárselo ? Sería inútil. Todo el mundo lo sabe ya.

»—Pues yo—dijo Celia llorando—no puedo consentir que eso suceda.

»—¿ Pues quiérame usted !

»Ella exclamó heroica :

»—Es preciso... seré su esposa, Elor-mendi.

»¡ ¡ La mentira había triunfado !!

VIII

»Si el corazón de Celia dió una muestra de grandeza y generosidad al sacrificar toda una vida a la buena obra de evitar un suicidio, no menos hidalgo se mostró Carlos Morante.

»Ello es que Celia sabía muy bien los proyectos de Carlos Morante de pedirla por esposa y que no la desagradaban. Antes bien la complacían y deseaba que ello sucediese en la medida del deseo que le es permitido a una mujer de su recato y honestísimos pensamientos.

»Por su parte, Carlos estaba enamorado de Celia con amor tan grande como puro.

»Todo esto—me decía Elormendi—lo he sabido yo «después». Después de lo que ya falta poco para que usted también sepa.

Y siguió hablando Elormendi :

—«Este mutuo pensamiento de Carlos y

de Celia, si bien no se lo habían comunicado, no por eso lo ignoraban el uno ni el otro. Celia sabía cuáles eran los proyectos de Carlos, y Carlos no ignoraba cómo los veía ella. Hay cosas que no es necesario que los interesados se las digan. O mejor expresado : hay cosas que no deben decirselas los interesados, porque si Dios las quiere, ya sucederán ellas sin necesidad de esos absurdos y ridículos dúos de amor.

»Lo más necio, lo más grotesco de la vida es la noviez. Ser novios y ser tontos, por regla general, todo es uno y lo mismo.

»Carlos y Celia no habrían hecho la majadería de tener relaciones. En su día, Carlos hubiese formulado a los tutores de ella su pretensión. Esto es lo verdaderamente caballeroso.

»Pero al verse Celia, por mi simulacro de suicidio y por mi falso testimonio, precisada a aceptarme a mí, quiso la noble muchacha romper con Carlos toda relación de amistad dándole antes una explicación, aun que sólo fuese de la mitad de los motivos.

»Habló, pues, con Carlos.

»—Es preciso que cese entre nosotros todo trato.

»—¿ Por qué, Celia ?

»—Me voy a casar.

»—¿ Con quién ?

»—Con Elormendi.

»—¿ Con Elormendi ! ¿ Puede usted, Celia, preferir a ese hombre ?

»—Sí, señor. Ese hombre siente por mí una pasión tal, que mis desvíos le indujeron a matarse. La oportuna llegada de una buena mujer impidió el otro día que se diese un tiro. Si yo le rechazo nuevamente y lleva a cabo su fatal resolución, yo no podría vivir de tristeza. Su vida es lo de menos, con ser mucho ; pero, ¿ y su alma ? Su alma quedaría condenada irremediabilmente... No puedo exponerme a tan espantosa responsabilidad. Tendría ante mis ojos constantemente su ensangrentada imagen... ¡ No puedo, Carlos !... Voy a ser la esposa de Elormendi. Voy a salvarle. Más que su esposa, me propongo ser su consejera. Quiero rescatar para Dios a ese desdichado. Yo le haré comprender que sólo en el desprecio de los placeres y va-



»Como usted habrá adivinado, me casé con Celia. (Página 66.)

nidades de este mundo está la verdadera felicidad.

»Y después de decir esto, Celia, que no podía contener por más tiempo su congoja, se dejó caer en una butaca y lloró amargamente.

»Carlos Morante exclamó :

»—Pues es necesario el sacrificio, hagámoslo. ¡ Cúmplase la voluntad de Dios !

IX

»Como usted habrá adivinado, me casé con Celia.

—¡ Ah!—exclamé yo—. ¡ Es Celia la señora que le acompaña ?

—Ella es. No me extraña que a usted le parezca mentira ; la encontrará usted envejecida y casi no creerá que haya sido tan bella como le dije.

—Tiene cara de haber sufrido mucho —me limité a contestar.

—¡ Y tanto como ha sufrido!... Inmediatamente después de mi matrimonio me fué escrupulosamente entregada toda su fortuna, y yo, pretextando que en América se hacían los mejores negocios (en realidad por alejarla de donde mis embustes pudieran ser descubiertos), realicé aquella fortuna cuantiosa y me trasladé



...se dejó caer en una butaca y lloró amargamente.
(Pág. 65.)

con mi mujer a Buenos Aires, de donde ahora regresamos.

»En paz he vivido con mi esposa sin que le pueda hacer el más pequeño reproche ; cumple de un modo ejemplar sus deberes de esposa. Pero siempre estuvo triste. Sólo tienen para ella alicientes sus muchas devociones ; sólo es feliz en los templos adonde yo, como es natural, le he permitido concurrir sin restricción alguna. Ella ha solido decirme :

»—Te agradezco mucho que me permitas entregarme por entero a la oración y a los sacramentos.

»De este modo hemos vivido doce años, hasta que el grito de una conciencia atormentada, más cristiana que la mía, ha puesto fin a mi tranquilidad.

»El verdadero asesino de la madre de Celia, no pudiendo resistir más sus remordimientos, fué y confesó su delito ante los jueces. Era un ladrón vulgar que, al ser sorprendido por la señora, la mató para poder huir sin ser descubierto.

»Así lo dijo y así fué comprobado en el juicio oral.

»Un periódico español llegado a Buenos



...no pudiendo resistir más sus remordimientos, fué y confesó su delito ante los jueces. (Pág. 68.)

Aires relataba minuciosamente el curioso proceso. Celia leyó aquel periódico.

—¿Y ha querido venir a España?

—No; fuí yo quien le propuse este viaje, después de confesarle todas mis infamias. También mi conciencia, al fin, clamaba. He sufrido y sufro horribilmente.

»Sólo podré sentirme calmado, ya que es imposible reparar el mal que hice, si él, Carlos, me otorga su perdón.

»A eso vengo a España.

.....

Tal fué el relato que durante la travesía me hizo Elormendi. Ahora comprenderá el lector su emoción enorme cuando, al desembarcar, la primera persona a quien vió, fué al propio Carlos Morante.

X

¿Qué pasó después?

Tenía yo curiosidad por saberlo, pero sólo tuve noticias de Elormendi mucho tiempo después.

Transcurrieron otros tres largos años. Entregado yo a mis negocios, olvidé al compañero de travesía y hasta su historia.

Hasta que un día en la calle tropecé con un hombre avejentado, que encorvado caminaba y tembloroso, que era una ruina humana. Sus facciones me traían el vago recuerdo de alguien visto no sabía dónde, no sabía cuándo...

El viandante se acercó a mí.

—¿No me conoce usted?

—Quisiera recordar...

—Soy Elormendi.

—¡Por Dios! Está usted muy viejo...

Sólo hace tres años que nos conocimos y parece que por usted hayan pasado treinta...

—Sí, señor ; soy ya un vejestorio, un inválido.

—¿ Y... su señora ?—me atreví a preguntar.

El pobre Elormendi me llevó a un café próximo y me dijo el final de esta triste historia del modo siguiente :

—Ya recordará usted que yo vine a España solamente a buscar un alivio para mis espantosos sufrimientos, para buscar el perdón del ofendido por mis mentiras criminales, Carlos Morante.

»También recordará que lo encontramos en el mismo muelle al desembarcar.

»Pues, bien : inmediatamente busqué a Carlos y no me fué posible encontrarlo en parte alguna. Huyó. Desapareció.

»Como usted comprenderá, después de lo sucedido, yo no podía vivir con mi mujer. Un día le dije :

»—Te dejo en libertad.

»—Yo quiero a tu lado cumplir mis deberes hasta el fin.



»—¡Perdónale—decía—, Señor, como yo le he perdonado!... (Pág. 74.)

»—Yo te dispenso de tal obligación, que para ti ha de ser un tormento.

»—No lo es desde que veo que tu arrepentimiento es verdad.

»—Pero es tardío.

»—Nunca es tarde para una salvadora contrición.

»—Eso es cierto. Pero no me sentiré inclinado a ella absolutamente mientras tú te halles bajo mi autoridad usurpada de marido.

»Ella, al fin, cediendo a mis ruegos, se ha recluso, ha tomado una habitación en las Burgas... Allí reza por mí.

—¿Y él?... ¿Carlos?

—Seguí buscándole y le hallé. Ha profesado en una orden religiosa.

»Cuando indagué su paradero, corrí a hablarle.

»Cerca del modesto templo, adjunto al convento donde mora, lo sorprendí en oración.

»—¡Perdónale—decía—, Señor, como yo le he perdonado!...

»No me atreví a interrumpirle.

.....

Y así acabó Elormendi su narración :
—Desde aquel día voy muriéndome
por el mundo, y a todos los niños que en-
cuentro en mi camino, les llamo para de-
cirles :

»¡ No mientas nunca, hijo mío !»

FIN





El Perro y la carne

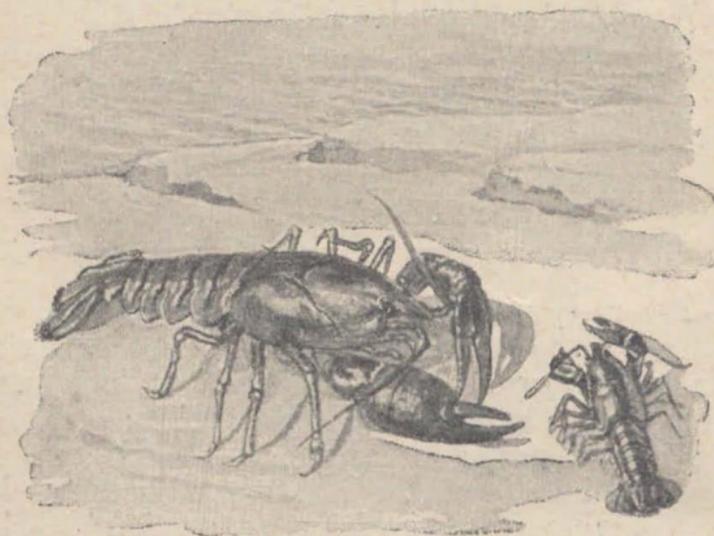
Iba un perro por la orilla de un río con un buen pedazo de carne entre los dientes, cuando vió su propia imagen reflejada en las aguas como en un espejo. Creído de que era otro perro con un trozo de carne más grande que el suyo, quiso cogerlo; y al abrir la boca, se le cayó al agua el pedazo de carne, quedándose sin nada.

Vale más lo poco si está seguro, que lo mucho si es dudoso; ni nunca se han de codiciar los bienes de los demás, porque debemos contentarnos con lo nuestro.

SAMANIEGO.

Los dos Cangrejos

Le decía un cangrejo a su hijito mientras le enseñaba a andar: «Hijo mío; veo que andas con las patas torcidas y es preciso que corrijas este defecto y las endereces.» A lo que respondió el cangrejito: «¡Ay! mamáita. Yo ando como te veo andar y si tú también tienes las patas tor-



cidas, ¿por qué no te las enderezas? Menester es que me des el ejemplo.»

Quien a otro reprende, ha de ser irrepreensible, pues no está bien censurar en los demás el mismo vicio de que adolecemos nosotros.

SAMANIEGO.

Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarias.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.